

lágrimas en sus ojos y se le atropellaban los sollozos en la garganta, mientras el rapaz le daba palmaditas en las húmedas mejillas y le sonreía placiente para sacarla con semejantes caricias de aquel no visto postramiento.



III

PARA Doña Mónica comenzó otra manera de vivir desde que dejó en malhadada hora el servicio: se levantaba con el alba, y á punto de estar *juntada* y encendida la *candela* en el fogón, ponía sobre de ella el redondo comal á calentar; en seguida se pegaba al molendero* y . . . rum. . . rum. . . allí se estaba hasta desquebrajar* el maíz para después dejarlo bien pasadito, y hacer con él unas bolas de blanda masa que iba echando en el tihuapal;* de éstas tomaba para palmear las tortillas, que blancas, extendidas y redondas pasaban de una mano á otra en cada movimiento de los brazos de Doña Mónica, y al cabo caían en el comal, ocupando todo su diámetro y cociéndose luego;

una vez que se llenaba el chical* con las tortillas, dejaba esta ocupación para remojar la ropa, que ya hubo tomado el día anterior el pleno sol, y al campanazo último de las diez de la mañana, enviaba á su hijo con un tenate á repartir las tortillas á los habituales compradores de este bocado; el muchacho—que hablaba con esa parla enrevesada de los párvulos—tomaba camino á esta casa y á la de más allá sin perder derrotero ni desviar rumbo.

No por andar la madre del pequeñuelo metida en largos y penosos trabajos, que quitan el pensar detenido sin robar el sueño, dejó de considerar la importancia de meter á su hijo á la «amiga;» pero contenía su buen deseo la penuria porque atravesaba, debida á que el producto de lavar ropa y la venta de tortillas, á duras penas si alcanzaba para el sustento diario y para los cuatro trapos que llevaba encima; pero como siempre pudo más maña que fuerza, y en las cosas más

lejanas de obtener no falta un agujerito por donde veamos una estrella del cielo que nos guíe á través de intrincados laberintos al término de nuestros deseos, la señora Mónica halló pronta solución al complicado problema que no le cabía en la cabeza; y así como lo pensó y resolvió puso en práctica su idea, no sin tener un par de noches de insomnio y dos ó tres soliloquios en medio de sus acostumbradas ocupaciones.

Era un sábado, día de planchar la ropa que de fuera lavaba; por ser tal, dió de mano la tarea de zurcirle los pantalones á Nicho*—que de tan mimosa manera llamaba á su hijo—para encaminarse á casa de la maestra, una buena señora que tenía á su cargo hasta treinta discípulos, entre párvulos y niñas, á quienes enseñaba, con más paciencia que sabiduría, el abecé y el catecismo, amén de una miseria de caligrafía con su poquito de aritmética.

Llegó la madre en momento en que

la maestra con voz despaciosa y salmodiadora entonaba el «Ave María Purísima» para comenzar el rosario, que de reglamento rezaban los chicuelos antes de la salida.

La entrada de Doña Mónica interrumpió el rezo en su principio; pero segura de su falta y corregida de su irreverencia iba á salirse toda llena de vergüenza, cuando le dijo tía Dolores, que éste era el nombre de la maestra: Pase usted, pase usted, que no incomoda

—Gracia, doñita pero no é parejo venir á pedir un favor y parar redente el rezo. . . .

—No, hijita, ¿qué había de ser? Tome asiento y dígame ¿qué se le ofrece?

—Sigan pa alante, sigan pa alante. . . . que yo aquí me ejpero. . . .

—Pues entonces, con su permiso.

Y continuó la maestra con el mismo acento monótono:

«Señor mío Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, Criador y Redentor mío. . . .»

Y los niños contestaban á coro y decían de corrida la oración en una melíflua diversidad de tonos; cuando en notas atipladas, cuando en canoros registros, salía de aquellas gargantas infantiles el rezo; puestos los reverentes de rodillas frente á «La Purísima,» cruzados los brazos, clavados los ojos en la imagen: sonrientes unos, parleros otros y no pocos soñolientos por el arrullo de la canturía. . . .

Acabó el rezo, y al decirse «amén,» pareció que tocaron á la desbandada: quien de un salto tomaba el sombrero; cual en un soplo se apoderaba de la sombrilla . . . un voltejear de niños y niñas que, en confusa algarabía y en pintoresca mezcrolanza, iban y venían, subían y bajaban, pasaban y repasaban golpeando las sillas, tirando los bancos, cerrando de golpe las almohadillas, disputándose los paños,*arrastrando los butaques, enquanto la maestra desde su cómodo y patriarcal asiento imponía silencio aquí, ordenaba

compostura allá y acababa por amenazar con castigos, y la chusma infantil salía en grupos bulliciosos diciendo antes á la maestra un «hasta el lunes,» que indicaba bien á las claras el contento de la despedida por lo cercano del domingo....

Después quedó la sala en quietud, interrumpida á ratos por el barrer de la escoba con que una alumna, por turno designada, aseaba los suelos, y por la conversación amigable de las dos mujeres. No necesitó de muchos preámbulos, ni de andarse con rodeos, ni de usar de circunloquios para expresar doña Mónica lo que deseaba; quería que su hijo entrara á la «amiga;» no podría ella pagar la escuela—como los otros padres de familia—¡bien que le dolía y no poco que lo deploraba! Pero para significar con algo su agradecimiento por la enseñanza de su hijo, le enviaría á Doña Dolores diariamente las tortillas para su consumo; le lavaría la ropa y siempre que levantara huevos del nidal (tenía en el

patio unas cuatro gallinas con su gallo), no vendría mal un regalito de ellos, fuera de tal ó cual gorda* de chicharrones llegado el tiempo en que matara el cerdo que tenía cebándose en el patio.

La maestra aceptó al futuro discípulo; y en verdad de palabras y para honra de Doña Dolores, no está de sobra el decir que no la deslumbraron las ofertas ni le alegraron las dádivas de la lavandera, que no era la maestra de aquellas interesadas que dan el alón para comerse la pechuga, como vulgarmente suele decirse para significar que se le hacen favores á una persona para que ésta corresponda con largueza; no, señor; la caridad era virtud teologal que germi- naba y florecía en el pecho de la bonísima maestra, tanto, que con aceptar un nuevo alumno, su alma toda se inundaba de inefable dicha, de esa que refresca el espíritu cuando se hace una buena acción. . . .

¿Tener á su cargo un diablillo más?

Nada que le preocupaba, si ella, la maestra, veía en cada niño una perfumada flor abierta, cuya esencia aspiraba con delicia para bien llevar una viudez austera y una sufrida pobreza; además, tenía en recompensa de aquel alboroto que todos los días se le entraba muy de mañana por la puerta, el recuerdo de horas felices y fugaces. . . .

* * *

«Ya sabes, mi querubín, mañana á la escuela. . . .»

«Ven, que te persino. . . . á ver esa manita. . . . ¡así! . . . por la señal de la santa crú. . . .»

Y santiguaba al soñoliento niño, llevándole ella propia la diestra de las sienes á la boca, y de ésta al pecho hasta besar la insignia con religioso respeto; venían, por último, las oraciones de recogerse, apuntadas con devoción y repetidas sin cercenarles una sílaba. . . .

—¡Ahora. . . á dormir!

—¡La bendición, máma!—Decía casi descabezando el primer sueño y con los brazos cruzados para pedir la venia de irse á la cama.

—¡Dioj te bendiga y María Santísima te acompañe, hijito!

Y á poco de caer en las almohadas, el sueño llegaba sobre los párpados con la ligereza que acude hacia los niños, ajenos á toda pena y dejados de todo cuidado, que son estos fantasmas que ahuyentan el dormir profundo é impiden el descansar á pierna suelta.

En seguida la madre puso un botón que le faltaba á la camisa; planchó los calzones zurcidos por la culera, donde tuvieron un siete por cada lado, y dejó cerca del lecho estas prendas de vestir del rapaz, con las cuales iría muy peripuesto al día siguiente á la escuela. . . .

* * *

Acabadas las tareas matinales en aquel amanecer esplendoroso del mes de ma-

yo, fuése doña Mónica, pián, piano, á despertar á Nieho que dormía plácido sueño, tan extraño á los sinsabores de la vida que estaba poblado de seráficas visiones, de esás que pasando su vuelo luminoso por el limbo de la imaginación de la niñez, con arpegios de coros celestiales, arrancan una sonrisa indescriptible en los labios inocentes y dormidos...

«¡Mi chiquitín, arriba!... ¡No seas flojo, mira que ya é muy tarde!»

A las voces, entre melosas y regañonas de la madrugona lavandera, el niño abrió primero un ojo, después el otro, y por parejo los dos así de tamaños; des-perezóse de brazos, estiró las piernas, lanzó un bostezo, entornó los párpados, cambió de postura y acurrucóse con buenas intenciones de continuar aquel sabroso sueño, tan de pronto y por manera extraña interrumpido.

«¡No, mi querubín, alevántate, anda!»

Encontró el rapaz esta insistencia muy

fuera de costumbre y el tono en que era dicha seco y regañón, y por ello se soltó á verraquear desafortadamente...

«¡No é pa tanto... mi prenda!... ¡Duerme... duerme... ¡hasta que se te antoje!... ¡No faltaba má!»

El berrinche del dormilón cesó por ensalmo; calló la boca y cerró los ojos, para quedarse entre sábanas hasta pasadas las nueve de la mañana.

Ese día no hubo «amiga» para el nene; y de igual suerte se sucedieron un par de mañanas, sin que la señora Mónica pudiera arrancar de la cama al indolente.

Del mimo para recordarle tuvo impulsos de pasar al enojo, á la palabra recia y al castigo severo; mas le duraba poco el enérgico propósito, porque se interponía entre la resolución tomada el cariño ciego, mezcla de amor y de lástima, para el tierno vástago, abandonado, pobre y triste, sin una alegría en sus escasas holganzas, sin un compañero en

sus silenciosos y apartados juegos; sin la autoridad de un padre que lo haría estimar y respetar de las gentes, pero al término de estas consideraciones, tan propias de una infeliz desamparada, acabó por vencer la razón, que hasta en las personas menos reflexivas se impone: de seguir así,—pensaba—mi hijo se tornaría en voluntarioso, desobediente y altanero, aparte de que llegará á la mayor edad hecho un ignorante. . . . Y todos estos discursos precisos, claros, como repetidos de memoria, tocaban en el entendimiento de la pobre madre, llamándola á la cavilación y sacándola de su extravío.

«Hoy sí va á la escuela!» — exclamó para afirmar su irrevocable resolución.

En aquella mañana, al primer mimo, el niño volvió á las andadas: se desesperó paulatinamente, cambió de postura y se quedó dormido

«Te igo que arriba!!»
Y al mandato imperioso unió la acción

violenta: tomó al muchacho con los forzudos brazos por las piernas y el cogote y lo levantó en vilo. . . . Aquí del gritar desaforado y del moquear colérico; del pataleo repetido y del gemir doliente; entonces anduvo la mano de la lavandera rápida en dar nutridas nalgadas que emberrinchaban más y más al nene; pero por el escozor que producían entendió el enfurecido muchacho que la cosa iba de veras, y se cerró de pico y se achicó de arrogancia, y sumiso como un cordero se fué por sus propios pies á la mesa de la cocina; allí tomó casi de un sorbo el parco desayuno, mirando con ojos recelosos á la madre, la cual lo veía de soslayo con un si es ó no es de arrepentimiento, que cualquiera más perspicaz que el compungido rapazuelo hubiera sorprendido en el rabo del ojo ó en la comisura de la boca, por donde andaban vislumbrándose una mirada de perdón y una sonrisa de clemencia. . . .

Terminada la bebida, se siguió con

338 15

aseo en la persona del monín, ya contenido en sus rabetas; el jabón le aclaró la cara, le alegró los ojos y le sonrosó las manos; el peine le puso el cabello alisado y lustroso, y la coquetería maternal tan atinada en estos aliños, abrió una raya del lado izquierdo de la cabecita, subiéndolo sobre el frontal en ondulante y dócil copete y arremolinándolo encima de las orejas en crenchas crespas que se iban ensortijando, hasta cruzarse en la nuca enteca; vestido de limpio; puesto el sombrero con sumo cuidado en la cabeza, para no despeinarla, quedó acicalado y en disposición de marchar á la escuela de tía Dolores.

«¡Ahora á la «amiga!» —dijo Doña Mónica rebujándose con el paño coyote*— lujo de domingos y fiestas de guardar —y tomándole la mano á Nicho, que comenzó á zollipar, se lo llevó á rastras, en volandas, con paso ligero y saltarín, por los trancos de la señora que creía llegar

fuera de tiempo á la escuela, en razón de lo distante de la tirada.

Cuando llegaron aun era temprano; dos ó tres alumnas de las más puntuales estaban sentadas en el umbral de la puerta esperando á que se abriera; pues Doña Dolores, con ser tan buena, cerraba su puerta antes de las siete, para evitarse muy de mañana la impetuosidad de aquella gente menuda que vendría á alborotar el cotarro; pero al dar las primeras campanadas de la hora el reloj que se erguía á espaldas de la casa de la maestra, las hojas de la puerta se abrían de par en par y por ella se entraba la tempestad de la chiquillería que atronaba con sus saludos melosos y atiplados. . . .

Y doña Mónica hizo ademán de entrar con su hijo, una vez que la puerta quedó libre de muchachos. . . .

— «¡Yo no quiero dir á la escuela! . . . ¡jji! . . . ¡jji! . . . ¡jji! . . .»

El párvulo gimoteó de lo lindo; otro grupo que se metía en pelotón hizo rue-

da al de la madre sofocada y del hijo rebelde; intervino tía Dolores—tan diplomática para el arreglo de estas contumacias—y con su dulzura de siempre dispersó al corro; invitó á pasar á Doña Mónica; tomó de la mano al niño llorón, que aun seguía con la cantinela de «Yo no quiero ir á la escuela!» se lo sentó en las rodillas; le alisó el cabello; le enjugó el llanto y le sonrió placentera; mostrándole con el índice la estampa de la Virgen que allí en la sala estaba, le dijo con el tono de voz más dulce que pudo sacar de su garganta: «Mira, chiquirritín, si sigues llorando la Virgen no te va á querer; á ella no le gustan los llorones. . . .»

El niño con los ojos todavía turbios por las lágrimas vió á través de ellas cómo le sonreía afablemente la Virgen; luego reparó en dos moffetudos angelitos que le sostenían el ropaje á la Purísima Concepción—que esta era la imagen—se asombró por los cuernos de la

luna que, curvos y puntiagudos, sobresalían del plegado manto azul, sin comprender lo que aquello significaba. La curiosidad mató el arranque de rebeldía; de la estampa quitó los ojos para pasarlos inquietos por el grupo de párvulos que iban llegando—éstos eran los retrasados—los cuales, después de dar un afectuoso saludo á la maestra, entraban en la pieza contigua á poner sobre de una mesa el sombrero ó la sombrilla, según que fueran niños ó niñas, y venían con el libro abierto que tomaban de otro mueble; se sentaban en butaques ó en silleteras que se sucedían en fila, para comenzar el deletreo á gritos y el decorar con sonsonete; poco á poco el hijo de la lavandera se deslizó de las rodillas de la maestra, que le dejaba hacer su real gana con envidia de los otros rapaces, sujetos á estricta vigilancia, y se fué delante del espejo, que arriba de una consola ocupaba el claro principal de la sala; se miró largo trecho en él; ora de frente,

ora de perfil; ya serio, ya sonriente; cuando haciendo aspas de los brazos, cuando gesticulando con cómico talante; aprovechó esta coyuntura Doña Mónica para despedirse á la chitacallando y salir del propio modo, por lo cual no sería advertida del rapaz que seguía en sus danzas y contradanzas ante el espejo, con gran alharaca de los escolares que celebraban el chiste más de su derecho para tener el gusto de contravenir las órdenes repetidas de silencio de la bonaza de Doña Dolores; á poco, dejó Nicho de mirarse al espejo; callaron las carcajadas por faltar el motivo que las provocara; se sentó el nuevo discípulo en una silla; metióse el pulgar en la boca hasta tocarse con la yema la campanilla, y se puso á darle chupetón tras chupetón con una delicia que acusaba encontrar muy de su gusto porquería semejante; se cansó de su quietud; dejó de mamar el dedo y abandonó la silla para venir á

plantificarse delante de la maestra, quien le dijo para quitárselo de encima:

—«Acércate, chiquitín, siéntate en esta sillita. . . ¿te gusta?»

—¡Chí!

—Pues te la regalo. . .

—Güeno. . . pué me la chevo pa enca de mi máma! . . .

—No, mi cielo, si es para que todos los días te sientes aquí, juntito de mí. . . así, quietecito, como esos niños que ves. . .

Nicho encontró muy de su gusto la sillita, no por su comodidad, sino por el derecho de conquista que tenía sobre ella, y, lo que es más, por la prerrogativa de verse sentado junto de la maestra, distante de sus compañeros, en lugar que suponía de preferencia.

Eran cerca de las diez cuando ya Nicho había dormido dos sueños, bien acomodado en la pequeña y codiciada silla.

Así fué su primera mañana de escuela.